

Laborda Gil, Xavier (2017)

La historia de la lingüística en diez mitos y profecías

BARCELONA

EDITORIAL UOC

ISBN 84-9180-022-0

226 PÁGS.

La Editorial UOC ha publicado *La historia de la lingüística en diez mitos y profecías*, un conjunto de episodios cuya autoría corresponde al profesor Xabier Laborda que descifran las claves de la historia de la lingüística, así como sus autores principales. A partir de los cuatro paradigmas que veremos a continuación, con los que Laborda aborda la historia de la lingüística, se dan respuestas críticas con el fin de indagar en los acontecimientos históricos con rigor, en detrimento de la mitificación presente en ciertos trabajos de la historia de la lingüística que impiden estudiarla con precisión, diferenciando así qué hay de fidedigno respecto a la historia y qué elementos no se corresponden con la realidad.

En el capítulo I, «Maestros, sabios, editores, profetas», Laborda comienza desmitificando la metáfora de la Catedral como una construcción de verdades históricas, de manera que esta debe estudiarse como una «cronología continua» (p. 14) y no como una construcción finalizada. En este primer capítulo expone una equivalencia entre las tramas de la historia de la lingüística estudiadas a través de la lingüística de lo cívico (la acción social del discurso, la epistemología, la gramática y la hermenéutica) y los cuatro arquetipos históricos que se estudian en la obra: el maestro, el sabio, el editor y el profeta; esto supone un avance frente a la propia narración de la historia de la lingüística, ya que esta se había centrado exclusivamente en la figura del sabio y en la del editor. Finalmente, el primer capítulo establece el objetivo principal de la obra, en donde se muestra un avance de los eventos de la antigüedad, del siglo XVII y de la historia contemporánea que se comentarán seguidamente, a la vez que define la imagen del historiador de la lingüística como un «observador múltiple» (p. 22) capaz de relacionar la lengua, la comunicación y el conocimiento, con el fin de descifrar la realidad.

Laborda trata en el capítulo II, «Los mitos de Babel y la Biblioteca de Alejandría», los mitos que el título del capítulo indica, ambos símbolos del nacimiento y de la duda, así como relatos cruciales para la historia de la lingüística que albergan tanto ficción como realidad en su historia y en su aportación. En lo referente al mito de Babel, este se relaciona con la creación del lenguaje, la denominación de la realidad y, en consecuencia, la apertura de este a una sociedad que se comunica; no obstante, también representa un fracaso lingüístico en tanto que surge la diversidad de lenguas y esto genera una posible comunicación ineficiente. Más allá del mito, nos encontramos ante una invención bíblica que bebe de la historia de Mesopotamia y donde Laborda ofrece una explicación etimológica e histórica de Babel, de la mano de Herodoto y arqueólogos como Robert Koldewey y sus des-

cubrimientos. Además de esto, el mito de Babel se vincula al *Crátilo*, obra dialógica de Platón que recopila las concepciones tradicionales del signo, significado y lenguaje y discute cómo concebir la naturaleza de este último debido a su complejidad al funcionar como medio de expresión y objeto de la realidad. Por otra parte, el mito de la Biblioteca de Alejandría se divide en dos vertientes: su fundador y la propia biblioteca. Se presenta a Dionisio de Tracia como fundador del lugar y la obra que dio paso a la primera gramática occidental: la *Tékhne Grammatiké* o *Arte de la Gramática*; no obstante, la autoría de esta obra es incierta para los historiadores de la lingüística. Laborda describe su contenido, así como algunos términos claves que incluye: «gramática», «morfología», «categorías gramaticales» y «analogía», teniendo este último varias posibles concepciones. Se concluye que en su elaboración contribuyeron otros autores, algunos posteriores desconocidos, y que en realidad el modelo analítico de la lengua sometido a normas que conocemos no nació en la Biblioteca de Alejandría, de manera que este aspecto se desmitifica. Respecto a la propia biblioteca, hay poca información al respecto. Laborda insiste en que su desaparición, por un incendio, por la decadencia monárquica o por la dispersión de los sabios, es una auténtica incógnita.

El capítulo III, «Los sofistas, precursores incómodos», se centra en la distinción que crea Koerner en su obra *Concise History of the Language Sciences* (1995) entre historiografía e historia de la lingüística, incluida en la historia de las ciencias del lenguaje y basada en la gramática, además de presentar un trato gradual de la retórica en la historia de la lingüística. Por otra parte, se estudia el papel de la retórica según Serrano, con *La lingüística: su historia y desarrollo* (1983) y Auroux, con *Histoire des idées linguistiques* (1989), donde se presenta como una teoría del lenguaje desglosada en varias partes; a esto se le añade de una crítica de Desbordes a su falta de reflexión gramatical sistemática y su mitificación. La sección también aborda las aportaciones de la retórica a lo largo del tiempo, cuya utilidad en la historia de la lingüística se muestra inexistente. Finalmente, los cuatro últimos puntos que contiene el capítulo son los siguientes: las disciplinas de la lingüística estructural y generativista, junto a las ciencias del análisis del discurso y sus contribuciones; la historicidad de la retórica, sus similitudes a lo largo de los siglos y la definición de sus cuatro campos teóricos; un debate entre la verdad universal y la verdad retórica o relativa y, por último, el fenómeno del «lipograma», la prescindencia intencionada de una letra del alfabeto, y la «lipociencia», la «falta deliberada de una ciencia» (p. 66) aplicada a la retórica.

El capítulo IV, «Platón y un anzuelo llamado *Crátilo*», se presenta como la primera obra sobre el lenguaje, la cual intenta clarificar la incógnita que supone su naturaleza, observando aquí el nacimiento del diálogo; para intentar aclarar esa naturaleza compleja del lenguaje, el capítulo incluye las aportaciones de Thomsen y Arens respecto a la finalidad de la obra. En cuanto a la concepción del diálogo platónico por parte de estructuralistas y generativistas, se expresa la aplicación de criterios del paradigma axiomático de Henry Robins, así como

la interpretación de Leroy en *Las grandes corrientes de la lingüística* (1969) a través de sus cinco reglas: la tradición sofística, el naturalismo de Platón, el virtuosismo expresivo, la dificultad interpretativa de la obra y su valor como referente lingüístico. El capítulo incluye también la concepción filosófica de Proclo sobre el origen del lenguaje desde una perspectiva teológica, a lo que se añaden algunas continuaciones dialógicas de *Crátilo* y del signo lingüístico en posteriores obras de Platón. Asimismo, *Crátilo* se declara como una paradoja para los lingüistas en tanto que desconecta la denominación de la realidad y la formación de juicios. El capítulo acaba definiendo la fundación de la reflexión sofista del lenguaje a partir de los versos homéricos y los diálogos platónicos y, en conclusión, reconociendo el legado cratiliano como “erróneo” en tanto que relacionado intrínsecamente con la lingüística axiomática.

Laborda estudia en el capítulo V, «Aristóteles y el lenguaje como felicidad», la concepción del filósofo como figura clave en los aspectos dialécticos del discurso, de manera que se valora su aportación a las ciencias del lenguaje. Es evidente el interés por su pensamiento dinámico y por su importancia para la lingüística debido a sus obras que tratan el lenguaje y a su concepción lingüística con base en tres teorías que se desarrollan: la teoría del signo, sustentada en la reunión arbitraria de sonido y significado; la teoría de la representación, relativa al conocimiento y a la veracidad o falsedad del discurso, y la teoría de la ciudadanía, cuyos pilares son la dialéctica, la poética y la retórica. También se desglosan los componentes del modelo teórico aristotélico: la *Retórica*, el *Organon* o tratados de lógica, la *Poética*, *Acerca del alma* (capacidades mentales y perceptivas del ser vivo) y la *Ética eudemia* o teoría ética. Por otra parte, se estudia su filosofía del lenguaje basada en dos paradigmas: el del signo lingüístico y la descripción de la lengua; este estudio se realiza a manos de Wilhelm Thomsen, Henry Robins, quien crea un vínculo con la lingüística estructural, y Hans Arens, quien considera «muy pobre» (p. 110) la aportación de Aristóteles a la lingüística. Además, encontramos análisis de otros ámbitos por parte de diversos autores: Leroy y Robins tratan la historiografía de la lingüística estructural; por una parte, Leroy considera a Aristóteles, de forma algo mítica al no reconocer la labor de los sofistas, el fundador de la gramática, así como la figura que por primera vez intentó llevar a cabo un análisis de la propia estructura lingüística, subrayando la gran presencia de los estudios lingüísticos del aristotelismo en la actualidad; por otra parte, Robins, en su *Breve historia de la lingüística* (1967), valora su progreso lingüístico pero a la vez defiende que sus avances fueron fruto del azar dentro de sus estudios de lógica y retórica. Law trata el cambio que supone el paradigma hermenéutico y define el lenguaje aristotélico como «instrumento de pensamiento, comunicación y sensibilidad estética» (p. 114), además de analizar los instrumentos teóricos ya mencionados. Por último, Ray Harris y Talbot J. Junior se centran en la metáfora y su complejidad significativa. El capítulo finaliza con una recopilación de los rasgos de la revisión bibliográfica de manuales de la lingüística sobre Aristóteles.

En el capítulo VI, «Gracián y la prudencia en la comunicación», se

presenta una biografía de Gracián, donde se destaca la importancia de sus obras en lingüística debido a sus conceptos de pragmática, además de hablar sobre los estudios que debe seguir un aprendiz, la educación intelectual, las cualidades del hombre y cómo debe manifestar su voluntad. Gracián también sitúa como cualidad clave la discreción en el hombre que vive en sociedad, así como la capacidad de improvisación y de alternancia en el tono comunicativo. En líneas generales, piensa que la felicidad implica ser discreto, aunque también trata otros conceptos que van a ser claves para el futuro de la pragmática: el registro, el género, el tenor, la relevancia o la adecuación; en definitiva, el pilar fundamental de la obra es la actuación comunicativa. A esto se le añade una descripción del perfil del comunicador versátil, lo que para él supone el acierto comunicativo y la virtud como valor englobador. El pasaje termina con una alegoría en defensa de la previsión y la sabiduría.

El capítulo VII, «Shaw y *Pigmalión*, manifiesto teatral de la lingüística», comienza explicando cómo la educación desigual que tiene lugar en *Pigmalión* origina diferencias en los registros lingüísticos, a la vez que trata el conocimiento de la lengua como herramienta para el progreso social. La obra supone un elogio de la lingüística y un reconocimiento artístico por cuatro motivos que se desarrollan: «la autoridad, la oportunidad, la utilidad y la tradición del proyecto lingüístico» (p. 137). Como autoridad de Shaw, se alaba su trayectoria y su capacidad crítica y oratoria: como oportunidad, la de oposición lingüística entre un caballero y una mujer pobre, donde acentúa su interés por la corrección ortográfica, fonética y las variedades diatópicas. Como utilidad, la obra enseña la pronunciación de la lengua y a mejorar la pronunciación de las lenguas extranjeras, mientras que, como tradición y educación, se muestra la aplicación del conocimiento fonético (logopedia), tratando la naturaleza aplicada de la lingüística; a su vez, bebe de la tradición sofística en tanto que busca la formación de la persona. El capítulo aporta un símil con *Cenicienta*, debido a que Eliza madura y evoluciona en todos los aspectos y, de alguna manera, se vincula sentimentalmente con el prestigioso profesor. La obra, como es evidente, supone una ardua tarea para el traductor, quien debe elegir entre una adaptación completa o no a la hora de representar los conflictos dialectales. El capítulo termina con una opinión de Francesc Vallverdú donde trata la división inamovible de clases y del lenguaje en cada una, defendiendo este la necesidad de cierta educación que va más allá de la lengua para romper esa estratificación. La conclusión es que la figura de Shaw queda como un visionario y promotor de la lingüística que representa el paradigma analógico o gramatical.

El capítulo VIII, «Retórica actual en el ejemplo de Hans Küng», versa sobre la elocuencia contemporánea, cuya figura clave es Hans Küng, perfil de orador de la segunda mitad del siglo XX. Destacan su capacidad de acción (orador), su reflexión (rétor) y su intención (moralista), a lo que se añade como requisito no trabajar en instituciones públicas para no alterar sus cualidades. Tras esto, se presenta una biografía de Küng, una vida dedicada al catolicismo y a una labor humanista, a la vez que se tratan sus propias autobiografías donde desmitifica

sus vivencias y desprende una ética mundial. El capítulo analiza tres aspectos relacionados con la elocuencia: la faceta formativa como estudiante eclesiástico, la académica como profesor universitario y la agonística como reformador del Vaticano. En la primera etapa el énfasis recae sobre las cualidades oratorias impuestas por Cicerón y la defensa de su tesis; en su segunda etapa, destaca su ocupación de la cátedra de teología en la universidad de Tubinga, las publicaciones de sus tesis reformistas y sus conferencias de la universidad católica de Boston, entre otras. En la última etapa busca una «verdad argumentada» (p. 174) al servicio de la comunidad, y aquí da el salto a todos los medios de comunicación para promover su reforma teológica. Aquí ya se describe íntegramente como orador. Finalmente, se resume todo lo expuesto del canon orador, de figuras históricas fundamentales, la labor y modelo de Küng y la necesidad del tono adecuado para persuadir.

Laborda propone en el capítulo IX, «Maestro de lingüistas: Anthony Burgess», la búsqueda del lingüista ideal conforme a varias normas: que no sea uno profesional, que no pertenezca al mundo académico, que se haya formado en la «perspectiva del giro lingüístico que marca el siglo XX» (p. 186) y que posea una ideología moral. Ese *amateur* es Anthony Burgess, novelista del que se expone una amplia cantidad de datos biográficos donde destacan su empleo de variaciones dialectales, arte poética y distintos usos comunicativos en sus obras. Burgess analiza los discursos shakesperianos y los relaciona con el habla popular, a la vez que considera el propio habla como «asidero vital» (p. 192). Se estudian sus dos obras autobiográficas, *Little Wilson and Big God* (1986) y *You've Had Your Time* (1990); en la primera relata sus primeros cuarenta años al más puro estilo picaresco, mientras que la segunda se basa en el fluir de la conciencia de un Burgess que sufre un tumor cerebral. Este autor resalta como especialista de la lingüística aplicada, concretamente en la enseñanza de lenguas. Se nombran las dos partes de su manual *Language Made Plain* (1964), donde habla de las variedades comunicativas, de la defensa del plurilingüismo y de la enseñanza de lingüística a cualquier estudiante de lenguas. Más tarde se habla sobre sus dificultades profesionales y cómo su empeño en lingüística y en el discurso le abrieron camino; asimismo, destacan sus obras donde habla de las jergas, de terminología e incluso de su invención de lenguas. Por último, se analizan sus dos etapas como novelista y su formación, y se concluye señalando su gran contribución por su experimentación en la lingüística aplicada.

Finalmente, en el capítulo X, «Eco y el historiador profético», se inicia la búsqueda del historiador perfecto, lugar en el que destaca Umberto Eco. Se exponen datos biográficos del pensador: comenzó sus investigaciones con su tesis y se convirtió en un teórico de la semiótica. Posteriormente, se presentan sus obras y sus objetivos, repletos de una variopinta historiografía; aquí encontramos una búsqueda del origen del lenguaje y la relación entre realidad y signo lingüístico. También se destaca su aportación en el Congreso de 1992, donde crea una historia de las ideas del lenguaje. Eco señala cinco rasgos según cómo se escribe la historia: la especialización, la ampliación

de autores, la diversidad de documentos, el énfasis metodológico y la multimodalidad expositiva. El autor pertenece a la tercera etapa historiográfica y trabaja mediante selecciones temáticas donde agrupa diversos autores y obras de los distintos siglos; a esto se suma que Eco incluye en sus estudios una ampliación de la tipología de obras, como el ensayo filosófico. En cuanto al énfasis metodológico, este recae en los criterios, mientras que Eco contribuye a este criterio criticando su producción. Por último, sobre el rasgo de la multimodalidad, destaca que esta figura usara el relato de ficción y la combinación de patrones discursivos. Tras esto, se represente la historia de la lingüística como un laberinto donde el historiador debe tomar decisiones; a ello se suma un decálogo donde se desarrolla la concepción del historiador que Eco tenía. La conclusión de esta sección es tener en cuenta cada recorrido posible de la historia y la responsabilidad del historiador en aquella construcción de la catedral. El último apartado de la obra está reservado al dicho de Gracián de «tener algo que desear» (p. 220); es decir, que, más allá de todo lo expuesto en esta obra y todos los conocimientos que las teorías transmiten, siempre quedan caminos por recorrer y preguntas por resolver.

En suma, *La historia de la lingüística en diez mitos y profecías* constituye una obra de gran importancia en el marco de la historiografía lingüística, no solo porque interprete y aborde de manera sintetizada las principales teorías retóricas, gramaticales o científicas en general sobre figuras claves de nuestra historia, sino también por la manera organizada y coherente en la que clasifica las distintas corrientes y por la conexión que crea con las teorías lingüísticas actuales, demostrando la vigencia de los contenidos teóricos expuestos en el libro y de qué manera han constituido en numerosas ocasiones los cimientos de investigaciones posteriores. Se trata de un compendio clave para quienes deseen obtener conocimientos generales de paradigmas fundamentales de la historiografía lingüística, además de brindar una visión más detallada que permite crear una distinción entre componentes mitificados y elementos que supongan una interpretación correcta de las teorías, gracias a la manera en que el profesor Laborda logra plasmar su conocimiento especializado.

VICENTE APARICIO LORENZO

Estudiante de Traducción e Interpretación y Estudios Ingleses
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Córdoba
Plaza Cardenal Salazar, 3
182aplov@uco.es